

Don Eusebio Tello Montes

La vida en un laboratorio

Desde enero de 1965, he pasado la mayor parte de mi vida dentro de un laboratorio. Específicamente dentro del laboratorio de Patología de la Facultad de Medicina de la UNAM, siempre al lado del doctor Ruy Pérez Tamayo. Yo no sé si él se haya acostumbrado a mí, pero yo ya me acostumbré a su manera de ser y de trabajar. En esa época él era mucho muy activo y yo era un chavo de 21 años, recién llegado de Querétaro, con necesidad de trabajar y con muchas ganas de aprender, así que nos entendimos muy rápido y congeniamos muy bien.

Yo no tenía planeado trabajar en la ciudad de México y menos en un laboratorio. Fue el destino el que me puso aquí. Vine a la capital a visitar a una amistad y en una fonda, que estaba cerca del Hospital General, conocí a una persona que me ofreció trabajo en lo que era la antigua Unidad de Patología. Como no tenía nada que perder y en Querétaro estaba difícil hallar empleo, me animé a ir. Empecé de mandadero, luego me encargué del bioterio, es decir de atender a los animales que usábamos para los experimentos, y como siempre he sido buen observador, me fui fijando en lo que hacían los demás. Incluso, como podía moverme con toda libertad dentro del hospital, me asomaba al anfiteatro para ver cómo realizaban las autopsias. También fui aprendiendo cómo se hacían los preparados químicos y cómo había que preparar el material para las cirugías. Así que el día que me dijeron "faltó fulano, así que tienes que entrarle", pues le entré. Y como nunca decía que no, me fueron dando más responsabilidades. Además a mí no importaba el tiempo que pasaba dentro



del laboratorio; incluso los primeros seis meses viví en el hospital. Me llevaba muy bien con los residentes; bromeábamos y nos echábamos nuestros partidos de basquetbol.

En 1967 nos mudamos al Instituto de Estudios Médicos y Biológicos, hoy Biomédicas, y ahí comencé a vérmelas más directamente con el doctor Pérez Tamayo. Yo era su asistente durante las cirugías a animales. Esterilizaba el material y preparaba la anestesia de acuerdo con el animal que íbamos a intervenir. Más adelante comencé a hacer algunas operaciones. Luego, en 1974, por cuestiones no tanto académicas, tuvimos que irnos al Instituto Nacional de Nutrición, donde estuvimos muy a gusto. El espacio que teníamos era más amplio y en nuestro laboratorio nadie se metía con nosotros. En el bioterio pudimos tener hasta chivos. Y como yo soy de un rancho de Guanajuato, pues me compré una reata de Tarango y me ponía a echar manganas con los pobres chivos. Además, con tanto estudiante que hay ahí,

pues siempre había buen ambiente. Cada ocho días era de rigor ir con los residentes o los pasantes a cenar rico y echarnos nuestras cervezas por la noche. Era muy divertido, pues llegaban estudiantes de todas las ideologías y con diferentes aficiones. Algunos hacían magia, otros tocaban la guitarra y otros cantaban. También entonces aprendí a tomar y a revelar fotografías, que es ahora otra de mis responsabilidades dentro del laboratorio.

Fue en ese año de 1974 cuando comencé a trabajar en la morgue del Instituto Nacional de Pediatría haciendo autopsias. Es un trabajo difícil por lo que le toca a uno ver, pero se aprende a manejarlo y se vuelve una rutina. Estoy ahí los martes, jueves y sábados por la noche. Siempre me preguntan que si no tengo miedo y les contesto que depende. De lo que tengo miedo es de contagiarme de alguna enfermedad. Casos de SIDA, hepatitis o rabia los tomo con mucha precaución. Pero miedo por lo del muerto, por qué fue y por qué vino pues no, los muertos son mis amigos. Hay que tener sangre fría nada más.

Curiosamente, el laboratorio de Patología regresó en 1996 al Hospital General. Gracias a los apoyos que recibimos se pudo construir un nuevo edificio para la Unidad de Medicina Experimental de la UNAM y yo estoy muy contento porque he regresado al lugar donde nací profesionalmente y donde me gustaría morir. ☉

✕

EL PASADO 24 DE SEPTIEMBRE FALLECIÓ DON BERNARDO SOTO, CONTERTULIO DEL MES DE ABRIL. LUEGO DE TREINTA AÑOS DE MANEJAR EL CAMIÓN DE PRÁCTICAS DE LA FFYL, ILEGÓ AL FINAL DE SU CAMINO. DESCANSE EN PAZ.